

AMBERES.

Al día siguiente partí para la patria de Rubens, pues aunque el pintor de nombre célebre y corazón de fuego nació en Colonia, Amberes no deja de reclamarle como uno de sus hijos; por lo demás, en esta ciudad es donde murió, dejando para velar su tumba esa inmensa é inmortal posteridad procreada por su pincel, posteridad de mil trescientos diez cuadros conocidos por el buril, y en los que se cuentan mas de catorce mil personajes.

Amberes tiene la forma de un arco tendido, del que el Escalda representa la cuerda; antes de que fuese una ciudad, una de esas tradiciones que mecen la infancia de las ciudades, dice que un gigante edificó su castillo sobre la punta que se llama hoy el Werf; de ahí se extendió su poder sobre el río: una cadena tendida de una á otra

orilla le entregaba como prisioneros todos los que tomaban el camino del Escalda; poníalos entonces á rescate, y si se negaban á pagar por voluntad ó por impotencia, les cortaba las manos y los arrojaba al río. De aquí la etimología de Amberes: *Hand-Verpen*, que en flamenco quiere decir, mano arrojada. Hay allí, como en todas partes, anticuarios, que por tener una oposición propia, la disputen este poético origen, y pretenden que el nombre de Amberes proviene sencillamente de *Aent-Verpe*, que significa, ante el río; pero á estos incrédulos se contesta victoriosamente enseñándoles las armas de la ciudad, que son un castillo y dos manos cortadas, y paseando todos los años ante su casa, no el gigante mismo, pero sí una imagen hecha á su verdadera imagen.

En la época en que la ciudad, primero castillo romano, después conquista normanda, luego provincia franca, y por último, marquesado separado del ducado de Baja Lorena, para servir de heredamiento á Godofredo de Bouillon, comenzaba á tomar alguna importancia, su existencia naciente se vió de repente comprometida por el libertinaje de un solo hombre. Este hombre, antepasado de todos los don Juan pasados, presentes y futuros, se llamaba Tanquelin: á pesar de su nombre poco poético, jóven, buen mozo, rico, diestro, ejercía una inmensa fascinación, no solo en las mujeres,

sino tambien en los padres, los maridos y los amantes, á los que robaba sus hijas, sus esposas y sus prometidas, y que en lugar de vengarse de sus tropelías, se veían, sin duda por magia, obligados á ser los primeros á coadyuvar al logro de sus caprichos y voluntades; en fin, llegó á ser tal la corrupcion, que no siendo escuchada la voz de los siervos ordinarios de Dios en quella nueva Sodoma, fué preciso recurrir á los grandes medios. Fué enviado un monje á San Norberto, que llegado con doce discipulos de Francia, verificaba allí grandes conversiones con su palabra, y grandes milagros con sus oraciones. El enviado, en quien se cifraba la esperanza de los pocos corazones virtuosos que habian quedado en la ciudad, partió con los piés descalzos en señal de humildad y profundo duelo, y caminó hasta que encontró al santo obispo y le condujo hácia la ciudad maldita: la crónica no dice si la conversion se operó por el agua de las nubes ó el fuego del cielo, pero lo que hay de cierto es que todos se arrepintieron: los padres volvieron á recobrar sus hijas, los maridos sus mujeres, y los amantes sus prometidas, de suerte que Tanquelin, no encontrando ya nadie á quien seducir, tomó el partido de hacerse fraile tocado de la divina gracia. En memoria de este milagroso suceso, fué edificada, en el terreno donde se reunia el cabildo de San Miguel, fundado por Godofredo

de Bouillon en el momento de su partida para la Tierra Santa, la catedral de Nuestra Señora de Amberes. La gran torre que la domina es posterior á la iglesia; comenzada en 1422, bajo la direccion del arquitecto Ametius, fué terminada en 1518; su altura es de 470 piés, comprendiendo la cruz que tiene quince; de modo que desde la galería que la corona, se descubre Bruselas, Gante, Malinas, Breda, Flessinga, y aun el humo de los buques de vapor que entran en el Escalda. El coro de la catedral se comenzó en 1521: Carlos V fué el que puso la primera piedra.

Comienzo por la catedral, porque á ella es á donde se acude inmediatamente para saludar al famoso *Descendimiento de la Cruz*, sea que se haya visto en el museo de Paris en los ocho años que estuvo aquí, sea que no se conozca sino por los miles de grabados que de él se han hecho. Hé aquí su historia:

Rubens estaba para volverse segunda vez á Italia, cuando, cediendo á las instancias de los archiduques Alberto é Isabel, resolvió fijarse en Amberes y comprar allí una casa. Hecha la adquisicion, para hacerse construir un estudio á su gusto, quiso cambiar la distribucion de la finca, y echó los cimientos entre su jardin y el de la sociedad del Juramento de los arcabuceros; pero en su preocupacion artística, sea que el plan concebido en la

cabeza del pintor no fuese susceptible de ningun cambio, aquellos cimientos se metieron algo en la propiedad de los vecinos: dieron sus quejas al pintor los arcabuceros, el pintor los envió enhoramala; entablóse un litigio, el cual se presentó de tal modo, que prometia larga y penosa vida, cuando el burgomaestre Rockock, jefe del Juramento y amigo de Rubens, se interpuso entre las partes beligerantes. Se acordó entonces que los arcabuceros abandonarían á Rubens el terreno en litigio, y que Rubens regalaria á los arcabuceros, para su capilla que estaba en la catedral de Amberes, un cuadro con puerta pintada por su mano, cuyo cuadro representaria un pasaje cualquiera de la vida de san Cristóbal, que no sé porqué era desde la invencion de la pólvora patron de los arcabuceros.

Rubens, que no solo era un gran pintor, sino tambien, como dice su epitafio, un hombre prodigiosamente versado en la ciencia de la historia antigua, no encontrando probablemente en la vida de san Cristóbal, á pesar de ser muy interesante, un asunto que estuviese en relacion con sus ideas del momento, se fijó sencillamente en la etimología de la palabra griega *Christophoros*, que significa portador de Cristo, y creyó llenar ampliamente las condiciones de su contrato ejecutando un cuadro cuyo asunto era un descendimiento de la cruz, y

cuyos personajes, sosteniendo á Cristo, eran por consecuencia todos otros tantos Christophoros. La hoja del postigo de la izquierda, siempre el pintor preocupado con aquella idea, representaba á la Virgen María volviendo la visita durante su embarazo á santa Isabel; y el postigo de la derecha, el sacerdote Simon teniendo á Jesús en sus brazos, cuando su madre y san José van á presentarle en el templo. Terminado el cuadro, el pintor le envió á la compañía de los arcabuceros, esperando que su ingeniosa idea satisfaria completamente sus exigencias: su error era grande. Los arcabuceros, que no sabian el griego, no viendo á su patron en el lienzo del fondo, ni en los postigos, pidieron con desaforados gritos el San Cristóbal ausente, se negaron á admitir el cuadro como un cuadro de lance que se quiere hacer pasar por nuevo, y le volvieron á enviar á casa del pintor, señalándole ocho dias para la restitution del terreno que era el objeto del litigio. El hecho era tanto mas desagradable para Rubens, cuanto que además de ver despreciar uno de sus mejores cuadros, el estudio estaba concluido, recibiendo la luz de lo alto, y de lo mas agradable que hubo jamás por su amplitud y disposicion.

El dia siguiente al en que volvieron á romperse las hostilidades, el buen burgomaestre, que habia desempeñado el papel de intermediario para con

las partes beligerantes, fué á ver á Rubens con la esperanza de arreglar por segunda vez el negocio; pero ahora era ya mas difícil, los ánimos estaban enconados, se habia separado de los arcabuceros furiosos, y encontró al pintor de muy mal humor. Sin embargo, como nada era un obstáculo á la bondad paternal del burgomaestre para con los primeros, ni á su amistad fraternal con el segundo, despues de tres ó cuatro viajes hechos desde el estudio del pintor á la sociedad del Juramento, consiguió dulcificar el rencor del uno y disminuir las exigencias de los otros; de modo que al fin anunció con todo el júbilo de su alma á Rubens que todo se habia terminado, siempre que consintiese en introducir entre los personajes un San Cristóbal de un tamaño cualquiera, no importando nada la talla; pero sí su presencia, declarada indispensable por unanimidad. Entonces Rubens abrió los postigos, y descubriendo su cuadro, demostró físicamente al burgomaestre que no le quedaba el mas pequeño rincón donde acomodar el santo que se le pedia. El burgomaestre reconoció la verdad de lo que le decia su amigo, pero cerrando á su vez los postigos que el pintor habia abierto, le mostró que toda la superficie exterior estaba desocupada; Rubens se puso al punto, tomó un lápiz blanco, y dibujó ante el embajador el gigantesco San Cristóbal que se presenta lo primero en la portezuela cer-

rada. El burgomaestre fué al punto á llevar aquella buena nueva á los arcabuceros, quienes satisfechos por la concesion, aceptaron esta vez el cuadro sin pedir la explicacion del buho que el pintor habia introducido allí para hacer alusion á su ignorancia.

Una anécdota no menos curiosa se refiere tambien al cuadro: dicese que en la época en que Rubens ejecutaba su obra maestra, habiendo sus discípulos conseguido de su criado, por medio de una gratificacion, la entrada en el estudio del maestro un día que habia salido al campo y no debia volver hasta la noche, uno de ellos, empujado por sus camaradas, cayó sobre el cuadro y borró el brazo de la Magdalena, y la mejilla y la barba de la Virgen que Rubens acababa precisamente de terminar. Grande fué la consternacion, y todos quisieron huir; pero el criado, sobre quien debia recaer naturalmente la responsabilidad del accidente, puesto que solo él tenia la llave del estudio, cerró la puerta y declaró que nadie saldria mientras el brazo de la Magdalena y la mejilla de la Virgen no hubiesen vuelto á su estado natural: nada habia que contestar á esto; era muy justo: los discípulos estaban prisioneros, capitularon. Se puso á votacion para que la eleccion recayera en el mas apto, y nombraron á uno de ellos. El jóven, temblando, tomó la paleta y los pinceles del maestro, y animado por sus camaradas, reparó el estrago

causado, con tal perfeccion, que no solo no se apercibió Rubens del accidente, si no que mirando al dia siguiente con complacencia su trabajo del dia anterior :

— Hé ahí, dijo señalando el brazo de la Magdalena y la cabeza de la Virgen, una cabeza y un brazo que no es lo peor que he hecho ayer.

El jóven que tenia derecho á una parte de la alabanza que se dirigia Rubens á sí mismo, era Van-Dyck.

El autor del accidente era el jóven Diepenbiek que acababa de dejar la pintura en cristal para entrar en el estudio de Rubens, y cuyos primeros trabajos se pueden ver sin salir de la catedral : los vidrios de una de las ventanas que representa los cuatro administradores de rodillas, han sido pintados por él, y tienen un admirable colorido.

Al otro costado de la iglesia, la *Elevacion de la Cruz* hace juego con el *Descendimiento* : es imposible ver nada mas atrevido que esta disposicion diagonal que no podia ser intentada con éxito sino por un pintor de tanto capricho y poder. La cabeza del Cristo, á quien acaso solo Rubens ha hecho Hombre y Dios á la vez, presenta una expresion de dolor majestuoso y sublime resignacion, que no he visto en esfigie alguna : todo el fondo de la parte superior está iluminado con un rayo de luz verdaderamente celestial ; es la mirada que Dios

deja caer desde lo alto de su gloria sobre la victima expiatoria que ha sometido á las miserias y dolores humanos, mientras que el fondo de la parte inferior representa las tinieblas en que la tierra está sumergida. El cura de Saint-Valburge, que le habia ajustado con Rubens en dos mil florines de Brabante, exigió antes de contarlos al pintor que llenase aquel vacío con una figura ó un objeto cualquiera. Rubens pintó allí su perro. Todo allí es maravilloso, la ignorancia por una parte, y por la otra el desden.

Despues de haber ido al acaso de una obra maestra á la otra, volví frente al altar mayor, en donde está la *Asuncion de la Virgen*. Aquí Rubens comprendió que para hacer conocer que la Madre de Dios subia á reunirse con su Hijo, era preciso mostrarla mas cerca del cielo que de la tierra ; y debia abandonar aquella encarnacion vigorosa que da á todas sus composiciones un carácter tan humano, por ese colorido vago y poético que pertenece á los ángeles acompañando un espíritu ; esto es lo que ejecutó con la felicidad del genio. Todo el mundo conoce este cuadro, con su grupo de cabezas de querubines que semejan un enorme ramillete de rosas, sus doce apóstoles de rostros graves, sus encajes tan ricamente extendidos y arrojados con valentía : fué hecho en diez y seis dias por la cantidad de mil seiscientos florines, es decir, doscientos

veinte francos por día : este era el precio ordinario que Rubens ponía á sus composiciones.

Después de estos tres cuadros, es difícil hablar de las demás composiciones que adornan la iglesia de Nuestra Señora, y que completan su conjunto. Cuando se entra en la capilla Sixtina, no llama la atención mas que el *Juicio final*; y sin embargo, las paredes están cubiertas de frescos que en cualquiera otra parte serian prolija y minuciosamente admirados. Así sucede con los genios de primer orden, anonadan todo lo que les rodea, y se engrandecen empujándolo.

Sin embargo, al salir por la puerta lateral, es preciso dirigir una mirada á un pozo, cuyos adornos hechos á martillo están vírgenes de la lima; es obra de Quintin Metzys, quien obedeciendo las órdenes, ó mas bien el reto de su suegro, de herrero se hizo pintor, para obtener la mujer á quien amaba : aquí se admira al obrero; en el museo se juzgará al artista. En efecto, uno de los primeros cuadros capilla con puertas que se encuentran al entrar, es de él : el fondo representa el entierro de Cristo; en el postigo de la derecha la cabeza de san Juan Bautista servida en la mesa de Herodes, y en el postigo de la izquierda, san Juan metido en le aceite hirviendo. Ante este cuadro recibió Metzys de su extravagante suegro la mano de su prometida.

Al pié de la torre de la catedral, ó de la iglesia de los Cartujos de Kiel, en la que habia sido enterrado primero, fué trasladado este pintor después de su muerte. Se lee este epitafio :

*Quintin Metzys,
incomparabilis artis pictori admiratrix
grataque posteritas, anno post obitum se-
culare
cic. ic. c. XXIX.
posuit.*

Este epitafio va acompañado de este verso latino:

Connubialis amor de Mulcibre fecit Apellem.

Y encima se ve el retrato de Metzys en un medallón de piedra.

Después de la catedral, la iglesia mas notable, no por su arquitectura, sino por los cuadros que contiene, es la de Santiago. Además, en una de sus capillas está el sepulcro de Rubens, con una sencilla lápida sepulcral, en la que se lee este larguísimo epitafio; verdad es que los dos tercios últimos están consagrados, no á la memoria del pintor, sino á la gloria del que le hizo grabar. Hé aquí su traduccion literal :

*Pedro Pablo Rubens, caballero,
hijo de Juan, senador de esta ciudad,
señor de Hein,
quien, entre otras cualidades en las que has-*

*ta rayar en milagro
obresalió, poseyó la ciencia de la historia
antigua;*

*quien dotado del genio de las bellas artes,
no solo por su siglo,
sino por todas las edades,
mereció ser llamado Apeles.*

*Y la amistad de los grandes y de los reyes
le sirvió de escalon para elevarse aun mas.
Admitido por Felipe IV, rey de España y de
las Indias,*

*entre los secretarios de su Consejo privado,
á Carlos, rey de la Gran Bretaña,
fué enviado el año MDCXXIX;
de la paz entre los dos príncipes
echó al punto los cimientos felizmente.*

*Murió el XXX de mayo, del año de salva-
cion MDCXL,
de su edad el LXIV°*

*Este monumento, por el muy noble Gecaertz
consagrado en otro tiempo á Pedro Pablo
Rubens*

*y abandonado por sus descendientes,
cuya linea masculina se habia extinguido ya,
fué restaurado este año de MDCCLV
por R. D. Juan Bautista Santiago de Paris,
canónigo de esta ilustre iglesia,
y sobrino segundo del gran pintor por su
madre
y por su abuela.*

Llámase á esta capilla, la capilla de Rubens; y efectivamente, de tal modo es suya, que nada hay allí que no traiga á la memoria su recuerdo. Los que van á arrodillarse en aquella capilla, cuando

bajan sus ojos al suelo, por lo regular no leen otra cosa que la inscripcion de su sepulcro, y cuando los levantan hácia el cuadro, buscan en la Sacra Familia, que es el asunto de él, los personajes de quienes el pintor ha sacado la semejanza. El abuelo de Rubens está allí bajo la figura del Tiempo, su padre bajo las facciones de san Jerónimo, sus dos mujeres bajo la imágen de Marta y Magdalena, en fin, el mismo pintor está allí representado en san Jorge, y en las espaldas de su hijo, que completá la reunion patriarcal en sus cuatro generaciones, ha colocado las alas de un ángel. Resulta que el mérito de este cuadro hace olvidar todo, hasta la hermosa *Virgen de Duquesnoy* que está en el altar, hasta el *Salvador en la cruz de Van-Dick*, que no debe olvidarse.

Por lo demás, en el museo de Amberes es únicamente en donde se puede apreciar á fondo el genio de Rubens. No es permitido juzgar á este príncipe de los pintores, cuando no se ha visto el *Salvador crucificado entre dos ladrones*; la *Comunion de san Francisco de Asis*, cuyo único defecto es recordar algo la de san Jerónimo; la *Adoracion de los Magos*, página colosal escrita en trece días, en la que el autor ha hecho entrar camellos, caballos, veinte figuras y una multitud de accesorios, donde parece que los personajes han nacido de la palabra de un Dios, y donde se ve una capa de un solo color que

se creeria hecha de una pincelada; el *Cristo de la Faja*, en el que la imitacion del cadáver ha sido llevada hasta el punto de inspirar la repugnancia, el dolor de la Virgen imitado hasta lo sublime, la trasgresion de las reglas hasta el desprecio, y os sorprende con su terrible y doloroso conjunto como pudiera suceder con la espantosa realidad; y por último, el *Salvador en la Cruz*, en donde toda aquella animacion de colorido y de imaginacion se confunde con la finura melancólica de Van-Dick, como en el *Cristo en las rodillas de su Madre*, que está al lado, se encuentra el atrevimiento y el colorido de Rubens, que el estudio del Ticiano no ha borrado todavía.

Por lo que hace á mí, confieso mi predileccion por Rubens: le amo, como amo á Shakespeare, porque encuentro en él las mismas cualidades que en el gran poeta. La misma trivialidad, la misma elevacion, la misma humanidad, la misma poesía, idéntica rudeza y encanto. Ved cómo los hombres se doblegan á todos los caprichos de la pluma del uno y del pincel del otro, sin cesar jamás de ser hombres; y como siendo diferente, y aun muchas veces opuesto su modo de expresion, parten del mismo punto: ¡la verdad! ¡Cuán, cuán frondosas son ambas magníficas encinas; cómo crecen sin injerto y sin poda, al calor del sol y bajo la mirada de Dios! ¡Cómo arrojan botones, flores y frutos á

su capricho; y qué extraña y fecunda familia de reyes, príncipes, héroes, vírgenes, ángeles y demonios ocultan en su follaje! Todo esto es magnífico hasta confundir el pensamiento, y espléndido hasta hacer bajar la vista, recordando que el hombre despues de Dios puede crear tantas cosas!

Hermosa época fué la de los archiduques Alberto é Isabel. Puede compararse, para el arte flamenco, á la de Julio II para el arte italiano. ¡Ricas eran las existencias de Rubens y de Van-Dick! Rivalizaron con la naturaleza que dió vida á Miguel Angel durante un siglo, y que devoró á Rafael en menos de treinta y siete años. Vedles seguir cada uno su camino por entre príncipes y soberanos á quienes immortalizan en cuanto han consentido en ser protegidos por ellos! ¡Cómo sabian entonces los reyes ser grandes por los demás, cuando no lo eran por sí mismos, y cómo desde aquel tiempo han olvidado el secreto de Carlos I, Felipe III y Luis XIV!

Rubens nació á fines del siglo cuyo principio habian visto Rafael y Miguel Angel. Es de familia noble, hijo de senador, versado en las ciencias y en las letras; pero su gusto le lleva á la pintura: entra en la escuela de Van-Ort, que deja muy pronto por la de Otovenicus; luego, cuando conoce que sus maestros no tienen nada que enseñarle, parte para Italia, ¡el país de los dioses!

Jóven, de bello rostro, de cabellos rubios flotantes, su rojo bigote retorcido, la espada al costado, el fieltro en la cabeza, llega á la corte del duque de Mantua, que le da el título de gentil-hombre que nada le daba que hacer, y le elige para ir á llevar á Felipe III de España algunos presentes entre los que el embajador desliza su paleta y sus pinceles. Llegando á cierto grado el genio es bueno para todo.

Rubens desempeñó su mision como diplomático consumado. Vuélvese á Italia recorriendo las principales ciudades, estudiando los maestros que admira sin imitarlos, y añadiendo un lienzo allí donde ha dejado un vacío. Cuando está en su peregrinacion, sabe que su madre está enferma, y abandona todo para volverla á ver, pero llega demasiado tarde.

Recibido por los archiduques que no quieren dejarle que vuelva á marchar, compra entonces una casa en Amberes y se casa con Isabel Brant.

Desde esa época comienza esa vida de produccion inmensa é inagotable: cofradías, iglesias, museos, palacios, conventos, todos se dirigen á Rubens. Rubens tiene tiempo y fuerza para todo: así es como su genio ardiente y caprichoso está satisfecho; sus lienzos se cubren por magia, tiene el poder creador de un semidios! Los reyes no le mandan, le suplican. Acudiendo á la invitacion de

la madre de Luis XIII, va á París, recibe las instrucciones de la reina, vuelve á Amberes, y sin vacilar, sin detenerse, sin interrupcion, comienza ese maravilloso catálogo de cuadros que comprenden toda la vida de María de Médicis, y que son los veinte y cuatro cantos de su historia. Desde entonces no sabe ya á qué rey corresponder, ni á qué país atender: la Inglaterra le llama, España le reclama, Italia le espera. No es posible seducirle con el oro, pues gana doscientos florines diarios! Se le ofrecen misiones, embajadas, acepta; atraviesa los reinos, y en cada parada de posta deja un cuadro; vuelve al fin otra vez á Amberes, su única, su verdadera patria, se casa con Elena Formann, decora la capilla donde debe ser sepultado, y muere lleno de años y de gloria, habiendo asistido en vida á su apoteosis.

En tanto aparece Van-Dick; el discípulo viene tras el maestro. Hemos visto cómo se eleva, Rubens tiene celos de él; ¿es por su talento ó por su mujer? no se sabe. ¿Es como discípulo, es como amante? se ignora. Hay rivalidad entre aquellos dos hombres, esto es lo único que se sabe. Entonces se separan discípulo y maestro; el discípulo da al maestro un *Ecce-Homo*, un retrato de *Elena Formann* y una escena de *Jesus en el huerto de los olivos*, en la que se ha retratado á sí mismo en las facciones de Jesus. En cambio el maestro da al

discipulo un caballo árabe magnífico, regalo del rey de España, y Van-Dick parte como habia partido Rubens, veinte y cuatro años antes, lleno como él de esperanza y porvenir.

El jóven pintor, ansioso de aventuras, no anda mucho sin-encontrar lo que busca. Se detiene en Savenhem, cerca de Bruselas, enamorado ya de una aldeana; á petición suya, y para complacerla, pinta dos cuadros para la iglesia de su aldea. En el primero, que representa á san Martin dividiendo su capa con un pobre, se retrata él mismo montado en el caballo blanco que le ha regalado Rubens; en el segundo, que representa la Sacra Familia, coloca el retrato de su amante, de su padre y de su madre. En fin, parte para esa eterna Italia, querida de todo el que tiene algo de poesía en el corazon; allí lucha cuerpo á cuerpo con el Ticiano y Pablo Veronese; iguala al uno por el modelo de las carnes y al otro por la seguridad del colorido; pasa despues á Génova, donde en sus *Escenas de la Italia*, Mery, el poeta romancero, nos le muestra pintor y amante; á Roma, donde se consuela de su viudez; á Sicilia, donde se figura que dos de sus discipulos serán los únicos grandes artistas que poseerán jamás Messina y Palermo, y por último vuelve á Amberes, donde pinta para la iglesia colegiata un *Cristo entre los dos ladrones* que los canónigos se niegan á admitir tratando el

cuadro de mamarracho. ¡Ignorancia suprema demostraron aquellos canónigos!

De Amberes pasó á Inglaterra, á donde le llama Carlos I; allí es donde hace ese magnífico retrato que los Ingleses ofrecen á nuestro Museo cubrir de oro: acógele el rey como una potencia, le da una pension considerable, y le condecora con la orden del Baño. Este es el cuarto de hora brillante de la vida de Van-Dick. El pintor tiene una querida, una mesa y trenes que causan la envidia del príncipe real. Van-Dick, que no tiene ya nada á que aspirar en lo material, aspira á lo imposible; sueña en la solucion del gran problema, edifica una bóveda, compra crisoles, se hace alquimista; el oro que corre de su estudio á su laboratorio le sirve para buscar el medio de hacer oro. El rey, que le ve perder su fortuna en insensatos experimentos, y su salud en nocturnos placeres, le hace casarse con la hija de lord Ruthven, descendiente de aquel que, á la vista de María Estuardo, habia asesinado cien años antes al músico Rizzio; luego, cuando le ha hecho poseedor de una de las mas bellas, de las mas nobles y mas ricas herederas de la Gran Bretaña, le manda llevar su mujer al continente, pero ha esperado demasiado tarde; al cabo de seis meses vuelve Van-Dick á Inglaterra, se agotan los manantiales de su vida, los mas hábiles y solícitos cuidados no pueden salvarle. Muere á los cuarenta

y dos años, y es enterado en la iglesia de San Pablo.

Hé aquí la existencia de esos hombres llenos de honores, ardiendo de amor y genio. Vivos, pasan como metéoros á través del mundo que iluminan. Muertos, tienen una capilla por sepulcro, y una catedral por mausoleo.

Después de haber visto esas maravillas de pintura, aunque no tenía mucha curiosidad de ver otra cosa, como me quedaban aun dos horas largas entre la de cerrarse el Museo y la salida del convoy del camino de hierro, fuí al puerto que es el único paseo de la ciudad: aquí, lo primero que llama la atención es bastante extraño; como el Escalda forma una revuelta á un cuarto de legua de la ciudad y desaparece de la vista, parece de lejos ver los buques de alto bordo, que siguen sus sinuosidades, marchar por el llano y adelantarse hácia la ciudad por medio de alguna locomotora invisible.

Napoleon, cuyo sistema marítimo era colocar los grandes puertos de construcción en el interior de las tierras, en las embocaduras de los ríos mas importantes, fué quien pasando á Amberes con Decrés, apreció la situación de esta ciudad, y mandó conducir á ella inmediatamente quinientos presidiarios de Brest para comenzar los primeros trabajos. Napoleon tuvo en aquella ocasión que vencer las

objeciones de su ministro, que prefiriendo á Flessinga, le hizo observar, que si por algun suceso no probable, pero posible, llegaba á ser desmembrada la Bélgica de la Francia, seria muy sensible que se hubiesen hecho grandes gastos en la construcción de un puerto extranjero y hostil. Napoleon reflexionó un momento, luego: « La Bélgica, respondió, no puede pertenecer mas que á un enemigo de los Ingleses. » En virtud de esta positiva decisión, y gracias á aquella poderosa voluntad, por decreto de 21 de julio de 1805, mandó el gobierno la construcción del arsenal y almacenes marítimos. El 16 de agosto de 1804, colocó el prefecto la primera piedra del taller central de la marina, é hizo la inauguración del arsenal, y á fines de 1805, las tres corbetas *Faeton*, *Velera*, *Favorita*, y la fragata *Carolina*, de cuarenta y cuatro cañones, se botaron al agua.

Así, en 1805, Amberes no tenía un solo buque que la perteneciese, ni un solo capitán capaz de hacer un viaje largo; y desde 1806, por la palabra mágica que la mandó ser, cuenta sesientos veinte y siete buques con aparejo de bricks, sloops y smacks; además tiene dos magníficas conchas donde se construyen á la vez diez navíos de línea, el *Amberienese*, el *Comercio de Lyon*, el *Carlo-Magno*, el *Duguesclín*, el *Audaz*, el *César*, el *Ilustre*, el *Terco*, el *Dálmata* y el *Albanés*.

La ciudadela, que sitiaron en 1832 á favor de los Belgas, sus fortificaciones fueron construidas por los Españoles. En la explanada de esta fortaleza es donde el duque de Alba, para perpetuar el recuerdo de la batalla de Gemningen, se hizo levantar una estatua, que con el brazo extendido hácia la ciudad, le exigía obediencia, mientras pisoteaba al pueblo y la nobleza representada por un monstruo de dos cabezas, con las armas de los Mendigos, es decir, la escudilla y la alforja. Requesens, sucesor del duque de Alba, hizo derribar aquella estatua, que se enterró bajo los escombros, donde el pueblo la descubrió en 1577. Tal era el odio contra el ministro de Felipe II, que los Amberienses la pusieron una cuerda al cuello, la arrastraron por las calles y la hicieron pedazos.

En 1655, con los restos que de ella quedaban, se fundió el crucifijo que corona la puerta grande de la catedral.

GANTE.

Los caminos de hierro serán una maravillosa invención para los comisionistas y las maletas, pero de seguro son la ruina de lo pintoresco y de la poesía. Si Sterne hubiese tomado el camino de hierro de Calais á París, ciertamente no hubiese encontrado el burro cuya historia nos ha referido; y si yo hubiese tomado el camino de hierro de Villeneuve á Martigni, es mas que probable que no hubiese hecho en Bex aquella famosa pesca de truchas que ha provocado una gran controversia entre los anticuarios, y por tanto, adios el *Diario Sentimental* y las *Impresiones de Viage*, lo cual sería, como se convendría en ello, una pérdida mas deplorable que la de la famosa biblioteca de Alejandría.

Al volver de Amberes á Bruselas, supimos que